

Leemos además en los viajes de Cook que, durante su estancia en Tahiti, dos hombres de elevada categoría «fueron á bordo, y escogió cada uno de ellos un amigo... esta ceremonia consistía en quitarse una parte de su vestido y en ponerla á los Europeos (1).» Por último, en otra isla de la Polinesia, Samoa, este acto de cortesía está notablemente abreviado: allí se limitan á ofrecer el cinturón.

Con tales hechos por guía, casi no puede dudarse que el acto de entregar sus vestidos sea el origen de las saluciones que consisten en desnudarse el cuerpo en mayor ó menor grado. Todas estas prácticas tienen el mismo significado. Mr. Tylor toma de los relatos del viaje de Ibn-Batuta, en el Sudan, la siguiente cita: «Las mujeres no pueden presentarse ante el sultan de Melli sino despojadas de sus vestidos; las mismas hijas del sultan están obligadas á observar esta costumbre (2).» Si alguna duda quedara respecto á la existencia de un saludo de tal manera llevado á su primitivo extremo, quedaria disipada al leer en Speke que en nuestros tiempos, en la córte de Uganda, «mujeres adultas enteramente desnudas desempeñan el oficio de ayuda de cámara (3).» En otros puntos de África se ven saluciones que consisten en una desnudez incompleta aun cuando considerable. En Abisinia los inferiores se desnudan hasta la cintura ante sus superiores; «pero en presencia de sus iguales se limitan á separar por un momento una parte del vestido (4).» Igual usanza existe en Polinesia. Los Tahitianos se desnudan «hasta el talle en presencia del rey;» y en las islas de la Societé, generalmente «las personas de categoría inferior se quitan el vestido de la parte superior del cuerpo en presencia de sus jefes principales (5).» La costumbre de los naturales de la Costa de Oro demuestra muy bien cómo este saludo sufre una nueva abreviación, y cómo se convierte en uso respecto de otras personas, además de los jefes.

«Saludan también á los Europeos, y á veces se saludan entre sí separando levemente la ropa del hombro izquierdo con la mano derecha, al mismo tiempo que se inclinan con elegancia. Cuando quieren mostrarse muy respetuosos se desnudan enteramente la espalda y echan la ropa al brazo dejando al descubierto todo el cuerpo desde el vientre arriba (6).»

(1) Capt. Cook, *Voyages*. II, 84.

(2) E. B. Tylor. *Researches into the Early History of Mankind*. London, 1865, 50.

(3) J. H. Speke. *Journal of the Discovery etc.* 374.

(4) W. C. Harris. *Highlands of Ethiopia*. London, 1844, III, 171.

(5) Ellis. *Polynesian Researches*, II, 352.—Forster. *Observations etc.* 361.

(6) Brodie Cruic Kshank. *Eighteen Years on the Gold Coast of Africa*. London, 1853, II, 282.

Por último, Burton dice que «en todo el Yoruba y la Costa de Oro, el descubrir la espalda, es como en Inglaterra el quitarse el sombrero.»

Evidentemente, el acto de descubrirse la cabeza que acaba de ser tan juiciosamente comparado con el de descubrir la parte superior del cuerpo, tuvo en un principio el mismo significado. Hasta se ha reconocido en ciertas costumbres europeas la relación que une á entrambas prácticas. Ford, nota en efecto, que «quitarse la capa en España... equivale á nuestra costumbre de quitarnos el sombrero (1).» Se la reconoce también en África, puesto que en Dahomey ambas costumbres van unidas. «Los hombres, dice Burton en la relación de su recepción, descubrieron sus hombros y se quitaron sus gorros y sus grandes sombreros parasoles (2).» Se la reconoce además en Polinesia, puesto que en Tahiti no se limitan á desnudarse hasta la cintura ante el rey, sino que también se descubren la cabeza. Parece, pues, que la costumbre de quitarse el sombrero en los Europeos, que entre nosotros se reduce muchas veces á tocarlo tan solo con los dedos, es un vestigio de la costumbre de desnudarse, por la cual, en los primitivos tiempos, el cautivo manifestaba la entrega de todo lo que poseía.

La costumbre de descalzarse tiene el mismo origen. La usanza de los naturales de la Costa de Oro nos proporciona una prueba de ello, pues que, al mismo tiempo que descubren la parte superior de su cuerpo, se quitan también las sandalias «en señal de respeto (3);» se desnudan, pues, el cuerpo por ambos extremos. En toda la extensión de América, el descubrirse los pies tenía en otro tiempo un significado análogo. En el Perú «ningun señor, por grande que fuese, era admitido á la presencia del Inca con ricos vestidos, sino con un traje modesto y los pies desnudos (4).» En Méjico, los «reyes vasallos de Montezuma, cuando se presentaban delante de él, debían quitarse sus zapatos (5).» La significación de esta costumbre se comprendía tan bien, que «el soberano de Miclaoachan, estado independiente de Méjico, tomaba el título de *Cazonzi*, es decir, *calzado*.» Las relaciones de costumbres asiáticas nos han hecho familiar esta costumbre. En Birmania, «hasta en las calles y las carreteras, el europeo que encuentra al rey ó se une á su séquito, está obligado á quitarse los

(1) Rd. Ford. *Gatherings from Spain*. London, 1847, 249.

(2) Burton. *Mission*. I, 49.

(3) Brodie. *Cruickshank, loc. cit.* II, 282.

(4) P. de Andagoya.

(5) Ternaux Compans. *Recueils etc.*, I, 113.

zapatos (1). Por último, en Persia, cualquiera que se acerque á la persona real debe ir con los piés desnudos (2).

La comprobacion de estas explicaciones la hallamos en las interpretaciones igualmente evidentes de ciertos usos que observamos en ciertas sociedades en las cuales se exigen extremados testimonios de sujecion. Nos referimos á la costumbre que obliga á presentarse vestido con trajes bastos ante los soberanos, esto es, en traje de esclavo. En Méjico cada vez que los servidores de Montezuma «entraban en sus habitaciones, debian quitarse sus ricos vestidos para ponerse otros más modestos (3).» En el Perú, al propio tiempo que una ley obligaba á los súbditos á presentarse ante el Inca cargados con un bulto, simulacro de servidumbre, y que otra les imponia el deber de descalzarse, lo cual era otra señal de servidumbre, otra ley, como acabamos de verlo, prohibia el que «ningun señor por grande que fuese se presentara ante el Inca con ricos vestidos, y le obligaba á tomar un traje modesto (4),» nuevo simulacro de esclavitud. Existe en Dahomey un uso análogo, aunque ménos exagerado; los súbditos de la más elevada categoría pueden «ir á caballo, hacerse llevar en hamacas, usar la seda, mantener un séquito numeroso con parasoles, banderas, trompetas y otros instrumentos de música; pero desde que pisan la puerta real deponen todas estas insignias (5).» En la misma Europa, en la Edad Media, la sumision se expresaba con la supresion de piezas de vestir y de accesorios que eran incompatibles con la apariencia de la servidumbre. Así es que en Francia, en 1467, los jefes de una ciudad, rindiéndose á su duque victorioso, «llevaron á su campo con ellos á trescientos de los principales ciudadanos en camisa, y con la cabeza y las piernas desnudas, quienes le presentaron las llaves de la ciudad y se la entregaron á discrecion (6).» La prestacion del homenaje feudal comprendia prácticas análogas. Saint-Simon describe uno de los últimos ejemplos; relata todas las ceremonias por las cuales era necesario pasar, tales como las de quitarse el tahalí, la espada, los guantes, el sombrero, y dice que todo esto se hacia para «despojar al vasallo de las insignias de su dignidad en presencia de su señor feudal (7).» De suerte que ya sea que el uso

- (1) Col H. Yule. *Narrative of Mission to Asia*. London, 1858, 72.  
 (2) J. Morier. *Second Journey throug Persia*. London, 1816, I, 241.  
 (3) Bernarl Diaz de Castillo. *Memoires*.  
 (4) P. de Andagoya.  
 (5) Archibald Dalzel. *History of Dahomey*. London, 1818, I, 241.  
 (6) Philippe de Comines.  
 (7) Saint-Simon. *Memoires*. Paris, 1839, IX, 373.

prescriba el vestir ropas bastas, ó ya que exija el quitarse las buenas, el significado queda el mismo.

Las prácticas de esta clase como las de otras, se aplican por extension al sér temido visible y al sér temido invisible, es decir, al espíritu y á los dioses. Recuérdese que los Hebreos se ponian el saco y la ceniza, se cortaban el cabello, esparcian su propia sangre y se hacian señales en el cuerpo para captarse el favor del espíritu; esta costumbre existe todavía en Oriente, pues Mr. Salt cuenta que vió una plañidera vestida con un saco y empolvada con cenizas, y que Buckhardt «vió á los parientes de un jefe muerto recorrer las principales calles de la poblacion, semi-desnudos, llevando solamente algunos harapos, y con la cabeza, la cara y el vientre casi enteramente cubiertos de ceniza. Ejemplos antiguos y modernos prueban que la semi-desnudez, los vestidos desgarrados ó groseros, señal de sumision respecto de un superior vivo, sirven tambien para expresar la sumision á un superior muerto y convertido en sér sobrenatural, y por consiguiente, dotado de un poder temido (1). Hallamos la confirmacion de esta conclusion cuando observamos que ritos análogos se hacen actos de dependencia religiosa. Esafas, dando él mismo el ejemplo, exhorta á los rebeldes Israelitas á hacer la paz con Jehová en estos términos: «Quitaos las galas, poneos desnudos y ceñid vuestros riñones con un saco.» Los ochenta hombres que partieron de Schechem, Shilok y Samaria, para hacer sacrificios á Jahveh, se cortaron el cabello, se arañaron y destrozaron sus vestidos.

La analogía no deja de existir ni aun respecto á la desnudez de los piés. Esta era entre los Hebreos una señal de luto, lo cual se vé en el precepto de Ezequiel, XXIV, 17: «Suspira en secreto, no tributes el duelo que hay cos-

(1) La indagacion del génesis natural de las ceremonias nos conduce á la interpretacion de diferencias entre las costumbres, que sin eso parecerian arbitrarias, por ejemplo, el uso del color blanco como señal de luto en China y del color negro en el Occidente. Un vestido de luto debe tener por carácter primitivo la tosquedad: lo que precede lo hace suponer. De ello tenemos pruebas de hecho y de racionio. Entre los romanos, los vestidos de luto eran de una tela barata y basta; lo mismo sucedia en Grecia. Luego el saco de que se habla en la Biblia y del que se servian los hebreos en señal de humillacion y de luto era de pelo, materia que entre los pueblos pastores era la más propia para el tejido, y como el pelo de que generalmente se servian era de un color oscuro resultó que el color oscuro se hizo el carácter mas saliente de los tejidos bastos, carácter que los distinguia de los vestidos fabricados con otras materias más ligeras y suceptibles de recibir el tinte. Hacíendose así el carácter distintivo de los vestidos de luto, el color relativamente oscuro, el contraste se hizo naturalmente más profundo, y al fin, los colores oscuros dieron lugar al negro. Lo contrario sucedió en China. Allí la poblacion es densa y agricola, en ella no se crian muchos animales; la fabricación de los vestidos de pelo es relativamente costosa, en fin, de las dos especies de tejidos que se usan, los unos de seda, de algodón los otros, estos deben de ser evidentemente mas baratos. Por esto el tejido de algodón se emplea para hacer trajes de luto; y como el algodón no blanqueado, es de un blanco súcio, este color, por efecto de la asociacion, se ha hecho el color de luto. (Desde que se escribieron estas líneas he hallado su comprobacion en un pasaje de la *Vie des Grecs et des Romains*, de Guhl et Koner, P. 485-87. «Solo los pobres, esclavos ó libres, llevaban vestidos del color moreno natural, ó negro, de la lana, muy probablemente por razones de economía. Solo los vestidos de luto de las clases superiores eran de color oscuro.»

tumbre de hacer á los muertos, átese la gorra y pon tus zapatos en los piés. » Entre los Hebreos también era un acto de culto el de quitarse el calzado. También se le observa en otra parte en calidad de inferioridad política y de subordinación religiosa. Los Peruanos se desnudaban los piés en presencia del Inca: « todos se quitaban el calzado, excepto el rey, doscientos pasos antes de llegar á las puertas (del templo del sol); el rey lo conservaba puesto hasta llegar á las puertas. »

Lo mismo sucede aun, en cuanto al acto de descubrirse la cabeza. Usado con otros actos ceremoniales para captarse el favor del superior vivo, lo es también para conquistar el del espíritu del muerto vulgar y el del espíritu del muerto deificado. Hasta entre nosotros, es costumbre el descubrirse ante la tumba en un entierro; y en el continente, la costumbre exige que los que encuentran un cortejo fúnebre se descubran. Los antiguos libros de estilos, mandaban quitarse el sombrero ante las imágenes de Jesucristo y de la Virgen, lo mismo en las iglesias que en las calles. En los países católicos se vé á la gente descubrirse y arrodillarse ante el Santísimo Sacramento. Finalmente, los hombres tienen la costumbre de descubrir su cabeza al entrar en los lugares del culto.

No debe dejar de observarse que las saluciones de esta clase, primeramente reservadas á los personajes de una categoría suprema, y luego á personajes menos poderosos, se generalizan poco á poco hasta el punto de dirigirse á todos. Los ejemplos antes citados nos han demostrado incidentalmente que la costumbre de descubrirse el hombro parcialmente, es en África un saludo entre iguales, y que en España, con el mismo objeto, se tiene la costumbre de quitarse la capa. De la misma manera, la costumbre de aparecer descalzo ante el rey y en un templo, es el punto de partida de un acto ordinario de cortesía. Los Damaras se quitan las sandalias antes de entrar en casa de un extraño (1). Los Japoneses dejan sus zapatos en la puerta, hasta al entrar en una tienda. « Al entrar en una casa turca, es invariable costumbre la de dejar las sandalias al pié de la escalera (2). » Por último, en Europa, la costumbre de descubrirse, después de haber sido una ceremonia del homenaje feudal y del culto religioso, se ha convertido en una muestra de respeto, hasta en el obrero cuando entra en su casa.

(1) Anderson. *Lake Ngami*, London, 1856, 231.

(2) White. *Three Years in Constantinople*. London, 1846, II, 9b.

Estos últimos hechos nos sugieren una adición necesaria. Todavía hay algo que decir de la manera como todas las clases de saludo entre iguales derivan de los saludos que expresaban en un principio la rendición del vencido á su vencedor.

Hemos dado la prueba de que los movimientos musculares rítmicos, signos naturales de alegría, tales como el salto, el batir palmas, el mismo golpear con los codos las costillas, se convierten en señales de gozo usadas para conseguir el favor de un rey. Estas señales de gozo simuladas se convierten en actos de cortesía cuando no hay diferencias de clase. Según Grant, « cuando en el campamento de los Turkis nace un niño... las mujeres se reúnen y regocijan á la puerta de la casa de la madre, palmoteando, bailando y gritando. Su baile consiste en saltar al aire, echar las piernas de la manera más extravagante y golpearse los costados con los codos (1). » Cuando lo permiten las circunstancias, estas expresivas muestras de consideración se cambian mutuamente. En la Costa de los esclavos, « cuando se encuentran dos personas de igual condición, se echan á la vez entrambos de rodillas, baten las palmas y se saludan mutuamente dándose una y otra los buenos días (2). » En China, durante una visita de esponsales, « cada visitante se prosterna á los piés de la novia y golpea con la frente el suelo, al decir: ¡Os felicito, os felicito! La novia por su parte, arrodillada, golpea con la cabeza el suelo y contesta: ¡Gracias, gracias! (3). » Por último, según Bancroft, entre los Mosquitos, « uno se echa á los piés del otro, éste le levanta, le abraza y cae á su vez de rodillas para ser levantado también y abrazado del mismo modo (4). » Estos ejemplos sirven de comprobante á nuestra conclusión de que, las inclinaciones recíprocas de la cabeza y del cuerpo, los actos de cortesía, los saludos con el sombrero, son en nosotros los vestigios de las prosternaciones de los tiempos primitivos y de la expoliación de los prisioneros.

Pero estos hechos los cito principalmente para llegar á la explicación de una práctica más familiar aun. Ya he relatado lo que acontece entre dos árabes bien educados; el inferior quiere besar la mano al superior, y si éste es condescendiente, se resiste á ello y la cosa acaba cuando el primero besa su misma mano ante el superior. Nueva prueba sacada de Malcolm: « El que encontraba (entre

(1) J. A. Grant. *A Walk across Africa*. 333.

(2) Will Bosman. *Description of the Coast of Guinea*. London, 1721, 317.

(3) Arch. Gray. *China its Laws, Manners and Customs*. London, 1878, I, 521.

(4) Bancroft. *The Native Races etc.* I, 741.